

Wilbert Torre

Narcoleaks

La alianza México-Estados Unidos
en la guerra contra el crimen organizado

Prólogo de Yuri Herrera

Grijalbo

Se hizo todo lo posible por contactar a los propietarios de los derechos de las imágenes. En caso de alguna omisión, la editorial se compromete a consignar el crédito pertinente en próximas ediciones.

Índice

Narcoleaks

La alianza México-Estados Unidos en la guerra contra el crimen organizado

Primera edición: enero, 2013

D. R. © 2012, Wilbert Torre

D. R. © 2012, Yuri Herrera por el prólogo

D. R. © 2013, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Random House Mondadori, S. A. de C. V.
Av. Homero núm. 544, colonia Chapultepec Morales,
Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11570, México, D.F.

www.megustaleer.com.mx

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@rhmex.com.mx

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN 978-607-311-362-5

Impreso en México / Printed in Mexico

<i>Prólogo. Misterio del cuarto cerrado, por Yuri Herrera</i>	11
CAPÍTULO UNO. Martes 13	19
CAPÍTULO DOS. Camaleones y cucarachas	55
CAPÍTULO TRES. Las órdenes de Dios	77
CAPÍTULO CUATRO. Capos y armas	99
CAPÍTULO CINCO. Radiografía de un monstruo	129
CAPÍTULO SEIS. Policías	163
CAPÍTULO SIETE. Monterrey	181
CAPÍTULO OCHO. Inteligencia	201
CAPÍTULO NUEVE. La guerra contra Pascual	237
CAPÍTULO DIEZ. Calderón y la Providencia	263
<i>Epílogo</i>	297
<i>Agradecimientos</i>	307
<i>Siglas</i>	309
<i>Índice onomástico</i>	311

CAPÍTULO UNO

Martes 13

De las alianzas militares y de armamento ha dependido la paz por siglos. Pero las alianzas no producen la paz y cuando llega la guerra, como sucede de manera inevitable, el armamento y las alianzas intensifican y eternizan los conflictos.

FRANK B. KELLOGG

Es un día de primavera de 2012 y en la oficina del presidente Felipe Calderón parece que no hubiera pasado el tiempo. Sobre el escritorio hay un portafolios de cuero con un águila devorando una serpiente, y en una esquina un racimo de bastones de mando que le han entregado los pueblos indígenas en sus recorridos por el país. Ahí están también las carpetas de sus desvelos. Con frecuencia su despacho es como una encía hinchada de papeles: informes, estadísticas, los números de la guerra declarada por su gobierno al narcotráfico. Cuando llegó a Los Pinos, lo primero que vio fue una colección de expedientes sobre cárteles y políticos. Seis años más tarde las carpetas se han multiplicado como una epidemia. Lo han invadido todo. Se han convertido en su sombra. Una sombra que con frecuencia parece asfixiarlo.

En los días tempranos de su gobierno, el presidente Calderón permanece en la oficina principal de Los Pinos hasta cerca de las once de la noche, después de que el último de sus colaboradores cercanos se ha encaminado hacia el estacionamiento subterráneo. En el despacho —dos monitores, una fotografía de su padre, dos teléfonos rojos, uno blanco, una decena de instantáneas de familia— dedica toda su concentración a la lectura de las carpetas dispersas en el escritorio.

A la mañana siguiente regresa a la oficina, un cubo como una pecera de cristal construido en la era de Vicente Fox: lee las carpetas unos minutos y después tiene las primeras reuniones con los miembros del gabinete. Cuando llegan a Los Pinos y caminan por la Calzada de los Presidentes, un paseo de monumentos cobrizos rodeado por una jungla de árboles gigantes, los visitantes pueden ver al novel presidente a través de un par de ventanas, detrás del escritorio, o de pie, cerca de una mesa redonda. Los más observadores aprecian la robusta torre de carpetas que por las noches lee con voracidad, apliadas en una esquina de la mesa de trabajo. Las carpetas ya estaban ahí antes de que se iniciara el ritual de entrega y recepción de los libros blancos que dan cuenta del estado de la nación. Calderón —obsesivo, desconfiado, impulsivo— las conserva junto a él, como si se tratara de un afiche.

Una tarde, un amigo lo visita. Calderón le describe con apasionamiento los desafíos de su administración. Le habla de principios, los principios en los que un panista como él, el primer panista que ocupa la presidencia —siempre verá a Vicente Fox como un oportunista ajeno al partido— está obligado a crear. Le habla de complicidades imposibles entre la política y el crimen organizado, y golpeando la torre de papel, las carpetas de sus desvelos, dice:

—Son los informes de gobernadores y alcaldes coludidos con el narcotráfico. Ningún presidente se ha atrevido a poner un alto a todo esto. Yo voy a hacerlo.

Calderón replicaría con teatralidad la escena —el manotazo a las carpetas, las cejas arqueadas, la frase ensayada— con cierta frecuencia ante otros visitantes y sus colaboradores de mayor cercanía, un puñado de políticos jóvenes, idealistas e inexpertos en el complejo ejercicio del poder.



Calderón vio por primera vez una parte de las carpetas en septiembre de 2006, cuando había sido declarado presidente electo y el país era sacudido por una de las más violentas divisiones políticas de los tiempos recientes. Las leía entre la indignación y el azoro, haciendo subrayados y anotaciones de lo que consignaban: los cárteles del narcotráfico no sólo habían logrado penetrar a la mayoría de las policías federales, estatales y municipales sino que habían alcanzado a la política. Documentaban la intervención del narco en las elecciones de regiones extensas. En Mi-

choacán, su estado natal, Chihuahua, Tamaulipas, Sinaloa y Veracruz, los reportes indicaban la presencia de millones de pesos del crimen organizado en las campañas políticas.

Para Calderón se trataba de una situación insostenible, acentuada por una serie de circunstancias que él, un político estudioso de los detalles y obsesivo de los significados, no podía pasar por alto: la primera administración panista, encabezada por Vicente Fox, el hombre que puso fin a 70 años de gobiernos priistas, no había hecho ningún esfuerzo significativo por hacer frente a los flancos abiertos, que conducían al país por una peligrosa espiral de violencia. Peor aún, Fox había cerrado los ojos ante distintos hechos imposibles de ignorar, una nube acumulada en 70 años de gobiernos priistas que se había tornado tormentosa en el último semestre de 2006. Fox había recibido la mayoría de esos informes, algunos desde el inicio de su gobierno, pero decidió no meterse.

El presidente leía los expedientes como una ráfaga de disparos negros. Entre 2000 y 2006 el crimen organizado había ejecutado a más de 9 000 personas en el país.¹ La mitad de esos asesinatos había ocurrido en Michoacán y un tercio en Sinaloa y Tamaulipas, donde los muertos incluían diputados y alcaldes. En los primeros cuatro meses de 2005, en Sonora, Baja California y Tamaulipas, se habían reportado 265 asesinatos, un número mayor que los soldados muertos en la guerra de Iraq en el mismo periodo.² En el último año del gobierno de Vicente Fox las cosas habían empeorado. En sólo 48 horas, en los dos primeros días de 2006, habían sido asesinadas 14 personas en Sinaloa, Tamaulipas y Sonora. En Guerrero, el primer mes de ese año, 11 personas habían muerto a balazos.³

No era sólo el número, sino el mensaje detrás de las ejecuciones. En agosto de 2006, cuando conducía su automóvil en la ciudad de Toluca, el juez federal René Hilario Nieto, que llevaba casos relacionados con los cárteles de Tijuana, del Golfo y de Juárez, había sido asesinado de un balazo en la cabeza. Medio centenar de personas habían muerto en balaceras ocurridas en Monterrey. Las organizaciones del narcotráfico habían hecho del crimen un circo cruel con varias pistas: la muerte del empresario español Aveilino Vázquez Ruiz era sólo uno entre cientos de *narcosecuestros* ordenados por los hermanos Arellano Félix; Los Zetas extorsionaban negocios y asaltaban carreteras en Sonora, y en Michoacán había comenzado a surgir una estirpe sangrienta: los sicarios, asesinos a sueldo que habían formado toda una industria.



El tema había comenzado a rondar la cabeza de Calderón meses antes de la elección de julio de 2006.⁴ Una serie de factores había acelerado sus pensamientos sobre narcotráfico. Estaba, por un lado, la violencia, la explosión en el número de asesinatos, los mensajes detrás de las muertes. También una parte interior: Calderón era el heredero del *splinterismo* panista, esa línea de pensamiento que promueve el humanismo político y que Efraín González Morfín había definido como el difícil equilibrio de integrar individualismo y colectividad. “Aceptamos la realidad de las divisiones y de los conflictos sociales: no nos espanta reconocer que existen”, había dicho el ideólogo y ex candidato presidencial. ¿Podría Calderón, que desde siempre se había asumido como un doctrinario puro, ver la realidad del país sin pensar en los principios de su partido?

Y en ese coctel de motivaciones apareció—influente y voluntarioso—el gobierno de Estados Unidos.

Una mañana de enero de 2006, el candidato del Partido Acción Nacional (PAN) llegó tarde a una cita. Lo acompañaban Josefina Vázquez Mota, coordinadora de su campaña, y Ernesto Cordero, el actuario que se había convertido en uno de los hombres de toda su confianza en el año 2000, cuando ambos—junto con Mourinho—eran el motor de la diputación panista en los albores del gobierno de Vicente Fox. El añf-trión, Tony Garza, embajador de Estados Unidos, fue comprensivo con el retraso: Calderón había estado con el presidente, en Los Pinos. Con esa visita, la sede diplomática inauguraba una serie de desayunos con los tres candidatos punteros. Calderón se mostró confiado y presumió que las encuestas más recientes lo ubicaban dos puntos adelante de Andrés Manuel López Obrador y cinco puntos arriba de Roberto Madrazo.

Enseguida entró en materia: dijo que le preocupaba la descomposición de la relación bilateral y advirtió que las diferencias entre ambos países sobre el tema migratorio serían debatidas en la elección. Se mostró muy interesado —“en apariencia no estaba informado sobre los programas de cooperación en marcha”, informaría más tarde el embajador en un cable al gobierno de Washington— en conocer las acciones conjuntas de México y Estados Unidos en seguridad regional y combate al crimen organizado. Le dijo a Garza que el tema número uno de su agenda política sería fortalecer el cumplimiento de la ley, así como elevar los índices de seguridad en México.

En el texto que escribió sobre el encuentro, el diplomático describió al candidato panista escuchando con perplejidad la presentación de un consejero de la embajada sobre las estrategias que Estados Unidos utilizaba para combatir la violencia en la frontera y rastrear en México a *special interest aliens*, los ciudadanos no estadounidenses considerados por el gobierno de George W. Bush como terroristas en potencia. Calderón hizo preguntas sobre las operaciones que las agencias estadounidenses ponían en marcha para combatir a las redes del narcotráfico y los métodos que utilizaban para localizar vehículos que cruzaban la frontera con cargamentos ilícitos.

En su reporte, el embajador Garza subrayó dos cosas: “Calderón demostró una vez más que comparte nuestro punto de vista en todo: de migración a competitividad a seguridad fronteriza”. La segunda tenía que ver con la sensación que la visita de Calderón había dejado en el jefe de la embajada: “El candidato dijo que esperaba empezar la campaña por la presidencia—que comenzaría 10 días después del encuentro—ligeramente debajo de sus adversarios. Una encuesta lo ubica ahora por encima. Esto representa un gran paso. Tal vez por eso, me dijo con elocuencia: ‘*I’m going to win!*’”.

En junio de 2006, Germán Martínez, otro de los hombres más cercanos a Calderón, se reunió con un grupo de consejeros militares y políticos de la embajada estadounidense.⁵ Les dijo que el candidato tenía una enorme confianza en el ejército, que mantendría la tradición de permitir al secretario de la Defensa presentar una lista de cinco candidatos para sucederlo, y que planeaba, de resultar electo, involucrarse de manera muy intensa con las fuerzas armadas.

También advirtió que si el candidato panista resultaba electo, la migración no sería la más alta prioridad: Calderón estaba decidido a propiciar un giro radical en el debate público sobre seguridad fronteriza y lograr que adquiriera la mayor importancia en política exterior. Descaba que México se apropiara del tema y que su gobierno se convirtiera en un socio más activo de Estados Unidos.

La meta de un gobierno encabezado por el político michoacano sería encontrar puntos en común entre terrorismo y seguridad y narcoterrorismo, describió el embajador Garza en un memorándum que envió al gobierno de Washington.

Quince días antes de la elección, Garza envió otro mensaje al Departamento de Estado.⁶

México debe aceptar que enfrenta una crisis de narcotráfico y violencia y debe reaccionar en consecuencia. Persiste una tendencia a encarar la relación bilateral en términos anticuados y es preciso un compromiso de la nueva administración para sentarse con nosotros desde los primeros días a encontrar formas de remover los obstáculos que impiden superar nociones rebasadas de soberanía. Nuestra meta compartida debería ser una sociedad para la aplicación de la ley. Estados Unidos y Canadá tienen equipos policiales conjuntos que trabajan en la frontera. ¿Por qué con México no? Estados Unidos por supuesto puede ayudar con inteligencia, entrenamiento, expertos, pero México necesita actuar. Implícita en todo esto (y quizá no tan implícito) está la idea de que la nueva administración no debería esperar a que el gobierno de Estados Unidos volteara la mirada a otro lado mientras las ciudades fronterizas arden en violencia.

El memorándum enviado por Garza a Washington concluye con una frase terminante: "*We want Mexico to take the gloves off in battling the cartels*". *To take the gloves off*, según The Macmillan Dictionary: combatir de manera feroz para conseguir un objetivo. Para los norteamericanos, una persona se despoja de los guantes cuando decide pelear con todo, incluso con los puños desnudos.

Para el embajador Garza había llegado la hora de que México se metiera al callejón a pelear con los cárteles.



Calderón ganó la presidencia por 250 000 votos, el equivalente a poco más de dos veces el estadio Azteca lleno, una diferencia hormiga en un país de 112 millones de habitantes. En septiembre, convertido en presidente electo, ordenó a sus colaboradores solicitar un diagnóstico del estado del narcotráfico al Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen), a la Procuraduría General de la República, a la Secretaría de Seguridad Pública y a la Secretaría de la Defensa Nacional. Una parte llegó a sus manos cuando aún trabajaba en la casa de campaña de la calle de Sacramento, en la colonia Del Valle y recibió el resto en la casa de transición de San Francisco, y cuando llegó a Los Pinos en diciembre de 2006.

La mayoría de los documentos enviados a Los Pinos había sido elaborada con prisa. En el gobierno foxista la naturaleza del Cisen había sido

modificada para que dejara de ser el organismo de recopilación de información secreta al servicio del Estado, que había funcionado en los regímenes del Partido Revolucionario Institucional (PRI). El presidente Fox quiso transformarlo en un verdadero centro de análisis, pero al final sus capacidades habían resultado afectadas, de manera que los expedientes que Calderón revisaría en su despacho no estaban sustentados en información precisa y profunda, colectada en México por agentes especiales y analizada en el transcurso de los años.

El diagnóstico que el Cisen elaboró sobre el narcotráfico y la violencia generada por los cárteles partió esencialmente de los análisis realizados por las agencias estadounidenses.⁷ Los mapas de las zonas controladas por los cárteles existentes hasta ese momento —el cártel del Golfo, Los Zetas, el cártel de Sinaloa, La Familia Michoacana, el cártel de Juárez, el cártel de los Arellano Félix— se elaboraron además con base en una serie de hojas cartográficas publicadas por Stratfor, un centro estadounidense de análisis en inteligencia global.

El centro de inteligencia había digerido la narrativa estadounidense sobre la violencia generada por los cárteles, una teoría simple y poco profunda que lo reducía todo a una disputa por territorios. Para empezar, era imposible que las agencias de Washington —Drug Enforcement Administration (DEA), Central Intelligence Agency (CIA), Federal Bureau of Investigation (FBI)— contaran con análisis confiables y acertados sobre las redes de narcotráfico por una razón: pese a que en la última década pequeños grupos de agentes se habían dedicado de manera más intensa a indagar posibles vínculos del narcotráfico mexicano con células terroristas, no se habían creado equipos especiales dedicados de manera exclusiva a una investigación más extensa, específica y exhaustiva. La información acerca de los líderes del narco, sus formas de operar, rutas, aliados y enemigos sería producto de confesiones de narcotraficantes de nivel medio o al final de la cadena, y no de un trabajo sistemático de análisis de perfiles y conductas que hubiera permitido saber, en el inicio de la guerra declarada por Calderón, qué cártel era más violento y por qué. Los informes que adoptó el Cisen tampoco consideraron algo que debió ser imprescindible: el costo de vidas y la violencia relacionada con las mafias de las drogas en Los Ángeles, Miami, Nueva York y Detroit en los años ochenta, donde llegaron a morir entre 600 y 1 000 personas cada año. Si la inteligencia de la burocracia estadounidense antinarcóticos hubiese revisado esos escenarios, tal vez hubiera sido posible imaginar la violencia

que podría desatar la decisión de enfrentar a los poderosos capos mexicanos sin una estrategia y recursos suficientes.

Una parte de los reportes atrapó la atención del presidente electo. Tenía que ver con la forma en la que el narcotráfico había comenzado a invadir, como una plaga destructiva, distintos sectores del país. Uno de los informes advertía que el poder de corrupción del narcotráfico se había infiltrado en los tres niveles de gobierno, en la prensa y en instituciones civiles. El narcotráfico compraba favores con dinero y negocios, había intervenido en campañas políticas desde varios años atrás y había impuesto y cooptado policías y funcionarios.

En Calderón, panista desde la placenta, hijo de Luis Calderón de la Vega, un ideólogo de doctrinas inquebrantables que renunció a su militancia cuando el partido albiazul decidió recibir subsidios del gobierno, no cabía la idea de que el país estuviera cayendo en un precipicio de dinero y corrupción donde estaban involucrados no sólo el gobierno, los sindicatos, los empresarios y otros sectores cuyas triquiñuelas el pri alentó y toleró durante siete décadas. Ahora, sentado a la mesa para partir un pastel envenenado, estaba también el crimen organizado.



El presidente intuía la gravedad del problema, pero tenía dudas sobre cómo debía enfrentarlo. A finales de septiembre, en la casa de Sacramento, citó entonces a dos de los personajes con más conocimiento en temas de seguridad pública y seguridad nacional: Eduardo Medina-Mora y Jorge Tello Peón. Ese encuentro inicial fue seguido por varias reuniones a las que asistirían Medina y Tello y a las que se sumaría, a sugerencia de ellos, uno de los jefes de la DEA en México.

Eran reuniones informativas en las que Medina, Tello y el invitado de la agencia antidrogas presentaban a Calderón aproximaciones sobre los principales cárteles y sus jefes, los territorios y las rutas que utilizaban para importar droga y después enviarla a Estados Unidos. En noviembre, el presidente propuso a Tello que se hiciera cargo de la Secretaría de Seguridad Pública, pero Tello declinó por motivos familiares. Entonces Medina-Mora hizo una propuesta y en la casa de Sacramento, unos días después, se presentó Genaro García Luna.

Una vez definida la estrategia general de la guerra contra el narcotráfico, el presidente dio el siguiente paso: la parte política de su decisión.

Apareció en escena Francisco Ramírez Acuña, el ex gobernador de Jalisco cuya única virtud había sido atreverse a respaldar la candidatura de Calderón desde mayo de 2005, antes que ningún otro panista. Calderón lo puso al tanto de su decisión, una de las tres veces que lo recibió cuando estaba concentrado en seleccionar a los futuros miembros de su gabinete.

Ramírez Acuña coincidió con el presidente en que era preciso atender con urgencia y rigor el tema de la seguridad pública, y de convertirlo en un pilar fundamental del gobierno. El ex gobernador de Jalisco era un político de estirpe radical en cuyo historial destacaba haber ordenado a la policía someter a cientos de jovencitos globalifóbicos en una cumbre de jefes de Estado celebrada en Guadalajara en 2004, un político entrenado más en la arena de la provocación que de la prudencia, un hombre más instintivo que cerebral.

Estuvieron de acuerdo en que no era recomendable seguir ignorando la presión de Estados Unidos para que el gobierno mexicano detuviera a grandes capos del narco. Juntos, Calderón y Ramírez Acuña diseñaron una ruta crítica de tres años. Estaban convencidos de que con golpes al crimen organizado el problema podría ser controlado, y de que a la mitad del sexenio la de Calderón sería una presidencia sólida y efectiva. En ese tiempo, según sus cálculos, el michoacano se haría de un respaldo popular amplio como el que obtuvo Fox al derrocar al pri, y estaría en condiciones de ganar las elecciones intermedias.

También trazaron otra línea política esencial en esos días: el presidente aparecería como la indiscutible figura central en la estrategia de combate al crimen organizado. En la Secretaría de Gobernación, Ramírez Acuña asumiría un bajo perfil. La estrategia era una especie de tanque de oxígeno para Calderón y su presidencia, a punto de asfixiarse ante la sombra de ilegalidad que había dejado la elección.

El presidente electo compartió la decisión con Juan Camilo Mouriño, César Nava y Germán Martínez, sus tres mosqueteros, un círculo de lealtad a toda prueba. Alejandra Sota, que estaba a cargo de diseñar los cursos del candidato en la campaña, también formó parte del grupo reducido que conoció en esos días los planes de Calderón.

—Vamos a tapar y cortar esto de raíz y rápido. Nada nos detendrá—les anunció.

En medio del otoño, Calderón imaginaba la primavera de su gobierno.



El más cercano era Juan Camillo Mourino, de Campeche, punta de torero, 35 años, nacido en Madrid y nacionalizado mexicano a los 18; aficionado al fútbol y bebedor de whisky, había sido compañero de Calderón en la Cámara de Diputados. César Nava, de 32 años, poseedor de una biografía que parecía un espejo de la vida del presidente electo: pertenecía a una familia panista tradicional, era abogado, había nacido en Michoacán y estudiado una maestría en Harvard. Germán Martínez era el veterano del clan, un abogado de 44 años que había sido diputado un par de ocasiones y representado a su partido en el Instituto Federal Electoral. También era paisano de Calderón, el ex secretario de Energía que en poco más de un año había logrado un doble milagro: proclamarse candidato contra la voluntad del presidente y ganar la presidencia contra todas las apuestas.

En esos días, el primer círculo de colaboradores comenzó a generar ideas, trazar planes y trabajar de manera febril en la estrategia y la narrativa del principal objetivo del gobierno calderonista: narcotráfico y seguridad nacional.

Ninguno de los hombres y las mujeres del presidente era experto en seguridad y narcotráfico.

Alejandra Sota recibió la instrucción de hacer del combate al narcotráfico y el crimen organizado una línea discursiva fundamental en las presentaciones del presidente electo ante distintos auditorios. También se encargaría de una agresiva campaña en prensa, radio y televisión, que pondría en relieve no sólo la decisión, sino el hecho de que Calderón coordinaría de manera personal la que había definido como la más alta prioridad de su gobierno. Mourino y Martínez serían responsables de otro punto nodal: tender puentes con todos los actores políticos para abrir el debate y comenzar a generar consensos.

En febrero de 2006, en las discusiones que tenían lugar todos los días en el cuarto de guerra, ese espacio estratégico en el que se analizaba la evolución de la campaña y se tomaban decisiones, Calderón había comparido con los miembros de su equipo la preocupación por los asesinatos violentos cometidos por el crimen organizado. Les había pedido análisis y escenarios sobre la forma en la que debería enfrentar el asunto si ganaba la elección. Les pedía estar preparados para actuar desde el primer minuto: no habría tiempo que perder.

Además de Mourino, Martínez, Cordero y Nava, el club de amigos estaba compuesto por Aitza Aguilar y Maximiliano Cortázar, colaborado-

res de Juan Ignacio Zavala, hermano de Margarita, esposa de Calderón; Alejandra Sota, Gerardo Ruiz Mateos, Dionisio Pérez Jácome y Patricia Flores. Después estaba un grupo de colaboradores con menos cercanía al candidato: Josefina Vázquez Mota, la coordinadora de la campaña; Guillermo Valdés, un publicista que sería designado director del Cisen, y Arturo Sarukhan, diplomático y consejero en asuntos de política exterior. Calderón los citaba temprano, antes de las ocho de la mañana, y media hora después él presidía una reunión de evaluación y toma de decisiones en el que había sido el cuarto de guerra de la campaña, a unos pasos de su oficina, un espacio dotado de un par de sillones, fotos familiares y un armario donde sobresalía el volumen *Ideas fuerza*, una compilación de ensayos de Carlos Castillo Peraza. Con frecuencia comían en las oficinas, hacían llamadas, pactaban citas en las secretarías de Estado para recibir los informes solicitados por Calderón y trabajaban hasta muy tarde.

A principios de septiembre, Calderón dio un paso determinante hacia la decisión que había comenzado a perfilar: se reunió con la Comisión Nacional de Gobernadores. Asistieron todos sus miembros, entre ellos los mandatarios de los estados donde el crimen organizado había comenzado a tirar muertos en las calles y las plazas. Navaridad González Parás, de Nuevo León; Zeferino Torreblanca, de Guerrero; Lázaro Cárdenas, de Michoacán, y Eduardo Bours, de Sonora, pronunciaron discursos graves marcados por un vocabulario común: enfrentamientos, ejecutados, extorsiones, descabezados, secuestros y mutilados. Advertieron la seriedad del problema y plantearon al presidente electo la urgencia de una respuesta estructurada del Estado al crimen organizado.

En las palabras que pronunció ese día en Nuevo Vallarta, una playa narvarita de aguas turquesa y arena como polvo de oro, Calderón habló de encarar con una nueva estrategia la inseguridad pública y el crimen organizado. "Mi gobierno asumirá la parte que le corresponde en la lucha contra este cáncer social que desafía al Estado y pone en riesgo el futuro del país", dijo.

Dos meses después, de lleno en la transición para recibir la presidencia, Calderón volvió a encontrarse con Cárdenas Batel. Paisanos, casi de la misma edad, eran amigos. Fue quizás el primero de los gobernadores que le explicó a detalle las actividades de Los Zetas, La Familia y otros grupos —en Turicato y Apatzingán, por ejemplo, sicarios del cártel de Sinaloa y de Los Zetas controlaban la policía municipal—, y le habló de la urgencia de frenar la ola de inseguridad.

Calderón y Cárdenas Batel estaban reunidos una tarde de noviembre cuando fueron informados de que un grupo de reos se había amotinado con armas de alto poder y había tomado como rehenes a 14 abogados en el penal de Mill Cumbres, Morelia. Grupos especiales de agentes de la PGR y la Policía Federal llegaron en helicópteros y entraron a la cárcel. Un día después, cuatro abogados y un reo murieron en la balacera.

Una mañana que conversamos en Washington, el nieto del general Cárdenas me dio su versión sobre las conversaciones que Hábia sostenido con Calderón, después de que el presidente comenzó a decir que habían sido los gobernadores, en particular él, quienes le habían pedido enviar al ejército para hacer frente al crimen organizado.

—Los gobernadores y los presidentes municipales, aún más, recibíamos una gran presión de los ciudadanos para que el gobierno federal combatiera la inseguridad. Más que enfrentar al narcotráfico, que no sé si había crecido o no, para nosotros lo prioritario era detener la ola de inseguridad, que sí crecía y siguió creciendo. No era que el narco no nos importara, pero desde la perspectiva de los gobiernos locales, por la presión social y por lo que legalmente era nuestra competencia, la prioridad era el combate a la violencia, la extorsión y la penetración institucional y social del crimen organizado. El narcotráfico, sin duda, era un elemento fundamental en todo esto, pero lo que directamente nos afectaba y nos competía eran la inseguridad y la violencia. Los gobiernos estatales no tenemos la fuerza ni los instrumentos institucionales y legales necesarios para enfrentar un tema de esa dimensión. Tampoco era lógico implementar a nivel local estrategias unilaterales para enfrentar un fenómeno que rebasaba nuestras fronteras, que afectaba a todo el país y que, además, por su relación con el narcotráfico, era en alta medida competencia de la autoridad federal. Igual que lo hicieron otros gobernadores, lo que hice fue plantear un problema que consideraba prioritario atender y que rebasaba las competencias y capacidades de las autoridades locales. Lo que dijo el presidente Calderón es una verdad sesgada. ¿Pedí ayuda? Sí y no. Siempre dijimos que no podíamos enfrentar solos el problema de la violencia generada por el crimen organizado, algo que además era evidente. En ese sentido podría decirse que pedimos ayuda. Pero debe tenerse claro que no nos correspondía enfrentar solos ese problema y que el gobierno federal tenía la obligación de hacer su parte. El gobierno de Michoacán y otros gobiernos estatales no hicimos más que llamar al gobierno federal para asumir plenamente una tarea que le correspondía. Debo decir que

Calderón, desde que fue presidente electo, escuchó nuestras preocupaciones y tomó el tema como una prioridad. Ahora bien: la decisión de cómo enfrentar ese problema, qué nivel político y mediático otorgarle, y a qué corporaciones involucrar, fue exclusivamente suya.



El 21 de septiembre, sólo días después de que los simpatizantes de López Obrador liberaron el Paseo de la Reforma en repudio a los resultados de las elecciones, el presidente electo venturió sus planes por primera vez de manera pública.

Ese día llegó acompañado por su esposa a una comida con los directivos de la asociación México Unido contra la Delincuencia. En su discurso, el presidente electo dibujó un panorama negro de los años por venir. “No sólo los ciudadanos sufren los golpes de la delincuencia organizada —dijo—. La delincuencia amenaza al Estado, es una amenaza a la paz y la estabilidad.” Advertió que en la batalla contra el crimen los gobiernos de todos los partidos tenían cuentas pendientes que no habían logrado saldar con la sociedad en materia de justicia, y que el aumento de la violencia era un desafío que había rebasado a todos.

También por primera vez citó a Winston Churchill, el conservador británico que salvó al Reino Unido de la amenaza nazi: “Sangre, sudor y lágrimas”. Calderón recitó un fragmento de la frase que el primer ministro del habano inseparable pronunció en mayo de 1940, al presentarse ante su gabinete.

Ante unas 200 personas unidas por los agravios de la delincuencia, Calderón definió lo que tenía para ofrecer a los habitantes del país que pronto comenzaría a gobernar. “No será fácil, no será rápido, no será sencillo. Enfrentar a la delincuencia implicará tiempo, dinero y vidas.”

Elegida la guerra al narcotráfico como la apuesta principal de su gobierno, Calderón sabía que no podría librar esa batalla monumental sin el apoyo de un aliado esencial, pese a una larga historia de enfrentamientos, celos y traiciones: Estados Unidos. Para construir esa alianza el presidente no sólo debía vencer prejuicios nacionalistas. Debía pasar incluso sobre sus ideales. Siempre había sido un antityanqui.





Luis Calderón de la Vega era un michoacano de raíces humildes, lector voraz, conversador y dotado de un excelente sentido del humor. También era intenso, despojado de hipocresías y feroz a la hora de hacer juicios y enfrentar lo que creía que debía ser combatido. Conducía un viejo automóvil y vivía en Morelia con Carmen Hinojosa, su esposa, en una casa modesta donde tenía una habitación abarrotada de libros.

Fue maestro, periodista, escritor, historiador, ferviente católico, panista fundador y un activista socialcristiano cuyo pensamiento⁵ era regido por la idea de que crear en Dios exigía transformar la fe en justicia social: quienes tenían propiedades debían compartir sus bienes con los desposeídos. Creía firmemente en la doctrina que dicta que el más pequeño debe ser el primero. Era intransigente con las cosas que le indignaban.

Una de ellas era la desigualdad. Otra que no toleraba y que él mismo padecería durante décadas era el autoritarismo priista, sus injusticias y vicios inherentes. Siete veces fue candidato a diputado y siete veces fue aplastado por la maquinaria del partido dominante. Desde que eran niños, sus hijos Luis Gabriel, Maricarmen, Luisa María, Juan Luis y Felipe lo acompañaban a los mítines y las asambleas del Partido Acción Nacional, donde se pronunciaban discursos plagados de sentencias antigobiernistas.

Calderón de la Vega rechazaba tanto el marxismo abanderado en los países comunistas como el capitalismo alimentado desde el protestantismo estadounidense bajo la idea del éxito individual, sin reparar en el bienestar del resto de la sociedad. Los niños Calderón Hinojosa crecieron en la oposición. Asistían a los mítines para recolectar dinero y pegar en los muros propaganda panista. En la adolescencia no sólo heredaban los principios políticos nacionales de su padre: también compartían su espíritu antestadunidense.

Felipe, el más joven de los cinco, era un furibundo opositor al régimen priista. No compartió los principios del comunismo pero abrazó casi con fanatismo la música de protesta: tenía una colección de acetatos de Óscar Chávez y Amparo Ochoa. También escuchaba los cantos revolucionarios de Silvio Rodríguez y Pablo Milanes. En 1994, cuando se levantó en armas el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, Luisa María, que había seguido el camino de la política, y Luis Gabriel, que se había dejado crecer el cabello y era médico, se declararon seguidores del subcomandante Marcos y se fueron a Chiapas a apoyar al movimiento indígena. Felipe se hizo un panista doctrinario, un férreo opositor al régimen priista, un crítico de Estados Unidos.

Carlos Castillo Peraza fue el último gran pensador del PAN, uno de los intelectuales políticos más brillantes del siglo XX. Fue también el maestro del que Calderón abrevó durante años precisos. Lo conoció en 1978. Castillo Peraza era un treintañero nacido en Yucatán que regresaba al país después de estudiar en la Universidad Pontificia Gregoriana en Roma y la licenciatura en letras con especialidad en historia de la filosofía griega y medieval en la Universidad de Friburgo, Suiza.⁸ A principios de los ochenta fundó el Instituto de Estudios y Capacitación Política de Acción Nacional y convocó a un grupo de jóvenes, entre ellos a Calderón, para trabajar en la formación ideológica del partido.

El joven Calderón encontró en Castillo Peraza una prolongación de las primeras lecciones cívicas que aprendió en casa. A finales de los sesenta, cuando Felipe se formaba en las luchas de su padre contra el sistema priista, Castillo Peraza pronunciaba discursos elocuentes en plazas repletas de Yucatán. Tenía veintidós años y Acción Nacional denunciaba una elección de Estado: Carlos Loret de Mola, candidato del PRI, había ganado la gubernatura a Víctor Correa Racho, primer alcalde panista de Mérida, bajo sospechas de fraude. Castillo Peraza era un católico profundo y un pensador que con los años aportó al partido la visión humanista y doctrinaria que había perseguido Luis Calderón de la Vega.

En 1993 Castillo Peraza ganó la presidencia del PAN y eligió a Calderón como secretario general, el número dos del partido. Calderón era un joven ávido de conocimientos y el político yucateco un mentor inigualable, una suerte de alquimista que tomaba en las manos y fundía algunas de las especies más difíciles de conjuntar en la política. "Pertenece a una estirpe de políticos poco frecuentes en México, la de aquellos que combinan la reflexión política con la acción", lo definió Javier Sicilia. Como si mudara de guayabera, Castillo Peraza se desenvolvía con habilidad como periodista, filósofo, político, ideólogo, humanista. En un texto Calderón recuerda aquellos tiempos en la casona de Ángel Utraza, la sede del PAN hasta finales de los noventa: "Yo era el secretario general del partido, como aprendiz de brujo, como Sancho Panza al lado de un Quijote audaz, inteligente, adusto en público y de carcajada resonante que explotaba como su ingenio".

Castillo Peraza era un crítico despiadado y un hombre controversial. Y también un pragmático doctrinario. En su gestión al frente de la diri-

gencia del PAN hizo posible que el partido gobernara más electores, ciudades y estados que nunca antes, sin importar los medios que tuviese que emplear para lograrlo. Sus detractores lo acusaron de ser el arquitecto de las llamadas *concertaciones* con el régimen salinista en los años noventa, una serie de negociaciones secretas que despojaron a políticos priistas de triunfos fraudulentos en beneficio de candidatos panistas. Castillo Peraza fue también un estudioso profundo de la globalización y del papel de Estados Unidos en el mundo.

Como buen pragmático, era un firme creyente en los procesos de integración. “Yo creo que el destino de México es integrarse. Que en esta integración no se puede olvidar los 3 000 kilómetros de frontera con Estados Unidos y más allá con Canadá”, escribió en uno de sus ensayos.⁹ Pensaba, sin embargo, que había que articular las dialécticas integradoras a las que México podía asociarse, fundamentalmente la del Mercosur, de cultura y comercio. Ciaba con frecuencia el dilema planteado por Nicholas Spykman, un experto estadounidense en geopolítica y geoestrategia: o América Latina tiene una unidad retórica —en el mal sentido de la palabra, subrayaba Castillo Peraza— pero sin base económica que la sustente y entonces completamente evaporable, o tiene una integración comercial destructora de sí misma. Para él, una lógica comercial pura del tipo Tratado de Libre Comercio de América del Norte era peligrosa y sólo podría contrapesarse con la integración hacia el Mercosur. Desde su perspectiva, los procesos de integración suponían democracia porque sólo la democracia podía comprometer colectivamente un futuro. En este punto advertía los problemas esenciales de México en su integración hacia el norte.

“Las integraciones son procesos de largo plazo —decía Castillo Peraza— Europa está en esto desde los años cuarenta, con infinidad de problemas, pero ahí va, es el modelo mejor acabado de integración en curso. Pero ¡cómo demonios un proceso de largo plazo de integración puede estar sujeto a las aventuras cuadrilaterales de la política electoral de Estados Unidos!”

Un día Castillo Peraza recibió a un grupo de empresarios estadounidenses preocupados por los problemas bilaterales de integración.

—El problema no es nuestro —les dijo—. El problema es que ustedes cada cuatro años ponen en discusión todo otra vez y, demagógicamente, alteran todas las condiciones de la relación por el interés parroquial y provinciano de una curul.

Después, en otro ensayo, retomó el tema y escribió que con ese tipo de dinámicas y ese tipo de miopes se decidía la política mundial. “Cada elección en Estados Unidos pone en riesgo todo.”

En sus últimos ensayos, conferencias y entrevistas, Castillo Peraza planteó que ya no era posible que Estados Unidos practicara doctrinas de soberanía antiguas. “En temas como narcotráfico, medio ambiente, decisiones monetarias, por ejemplo, tenemos que pensar en la interdependencia, en un marco de respeto a la dignidad de cada uno. Se puede hablar de soberanía todos los días, pero las ideas necesitan un instrumento práctico para llevarlas a cabo, y la debilidad económica, política y la crisis interna deja a una soberanía teórica sin instrumentos prácticos para poderse realizar.”

Castillo Peraza tenía 53 años cuando murió de un infarto en Alemania, en noviembre de 2000, unos días antes de que el primer gobierno surgido de Acción Nacional asumiera la presidencia de México. Tres años antes había renunciado al partido al que había pertenecido durante tres décadas. “Seguiré siendo panista de alma y corazón, pero no de uniforme y credencial”, escribió en su carta de separación. También se había distanciado de Felipe Calderón. En los cafés de Mérida otros discípulos del político yucateco no olvidan más de una década después las razones de su distanciamiento. Calderón le había dado la espalda cuando Castillo Peraza decidió lanzarse como candidato al gobierno de la ciudad de México y perdió de manera estrepitosa. Después se dedicó por completo a escribir, y su alumno a la política. Para entonces ya se habían cimentado en Calderón algunas claras influencias de su maestro. Castillo Peraza lo introdujo a la poesía y al *Íliada* de Cavañs, que el michoacano se aprendió de memoria. También le heredó su estilo personal. Castillo Peraza era un tipo cultísimo, un escritor profundo, un lector voraz, y también podía ser hiriente, griton, ofensivo.

Pero quizá la más importante de las influencias de Castillo Peraza consista en un rasgo que Calderón mostraría sin reservas: un pragmatismo político sin fronteras.



Calderón encontró la manera de llevar sus opiniones a los principales diarios del país sin que sus textos alcanzaran la profundidad filosófica y la densidad intelectual y cultural de su numen político. Como líder de su

partido y diputado se había ocupado con relativa frecuencia del narcotráfico. En abril de 1994, cuando el gobierno salmista anunció la compra de una veintena de tanquetas, Calderón, que era secretario general del PAN, se mostró como un pacifista: "No será con acciones represivas como se alcanze la verdadera paz en México", dijo.¹⁰ Ese mismo año, junto con Castillo Peraza, entonces presidente de Acción Nacional, firmó un texto titulado "Combatir la lógica del miedo y el terror", en el que revelaban haber tenido conocimiento de que José Federico Benítez López, un comandante policiaco asesinado, había descubierto información sobre el homicidio de Luis Donald Colosio. Al periodista Miguel Ángel Granados Chapa le llamó la atención que en la carta los dirigentes panistas evitaban nombrar al narcotráfico, aunque se referían a hechos relacionados con el narco.¹¹ Unos meses después, cuando Francisco Ruiz Massieu, secretario general del PRI, fue asesinado, Calderón declaró que más que diálogo entre partidos y una nueva reforma política era preciso impedir que la impunidad siguiera avanzando y se apoderara del poder público.

Hay reformas más urgentes que las electorales —dijo—. Es prioritario ocuparnos del Estado de derecho y de las relaciones del poder público para poner fin a la impunidad. Mientras eso no suceda, las redes de la delincuencia y el narcotráfico seguirán entrelazándose cada vez de manera más evidente con la política.¹²

En octubre de 1996, de visita en Nueva York como presidente del PAN, Calderón dijo que era comprensible la presencia cotidiana del ejército, ordenada por el gobierno de Ernesto Zedillo para contener la violencia generada por el narcotráfico, pero advirtió que debía tratarse de un recurso transitorio. En 1999, en un ensayo sobre la reforma política aprobada tres años antes, Calderón advirtió que las elecciones en el país habían entrado en un laberinto peligroso en el que los candidatos a distintos cargos de elección invertirían cantidades de dinero imposibles de cuantificar en sus campañas. "Los grupos de poder económico y político definen el resultado de las elecciones conforme a sus intereses, con riesgos adicionales si se toma en cuenta la grave situación en estados controlados por el narcotráfico como Tamaulipas, Quintana Roo y Baja California Sur", subrayó Calderón, quien unos meses después se mudó a Estados Unidos para estudiar una maestría en administración pública en la escuela de gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard.

Como jefe de la diputación panista, Calderón ventilo sin reservas sus críticas hacia Estados Unidos. Cuando un editorial de *The Wall Street Journal* cuestionó la posición de México en contra de la invasión a Iraq —"los conservadores republicanos se pueden convencer de que México es más útil como piñata política que como socio"—, Calderón respondió que la distancia y la ponderación del gobierno mexicano respecto del país vecino "es una posición loable que rompe el mito de la sumisión de la política mexicana hacia Estados Unidos".

En febrero de 2003, varios millones de personas se manifestaban en el mundo en contra de una invasión estadounidense en Iraq y en México grupos de poderosos empresarios pedían al gobierno cambiar el sentido del voto anunciado ante el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas. Calderón dijo que hacerlo sería un error: "La gran tarea es evaluar las posibles consecuencias de votar contra Estados Unidos y saber cómo reaccionar", declaró.

Más tarde, conforme su carrera política ascendía, el menor de los Calderón probaría ser un idealista que planeaba con alas de pragmatismo puro. Luego de renunciar a la Secretaría de Energía para lanzar su precandidatura a la presidencia, modificó su discurso antiryanguí. "Es barato atacar a Estados Unidos para hacer política interior", dijo en referencia a una declaración de Santiago Creel, su adversario en la carrera por la nominación panista.

Al vencer a Creel, Calderón retomó el discurso integracionista de Carlos Castillo Peraza. Y con cierta frecuencia, quizá calculando el efecto político de sus discursos en los electores, se calzó los guantes y soltó algunos ganchos al hígado de los estadounidenses.

En diciembre de 2005, cuando recorría el país como precandidato del PAN, dijo que Estados Unidos debía asumir la responsabilidad que le correspondía en el tráfico de drogas en la frontera y algunos crímenes ocurridos en México, como los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez. Insinuó que el país vecino actuaba con hipocresía.

"No tengo duda de que una vertiente posible es que se trate de americanos que asesinan aquí y vuelven a su país, como es cierto que clanes importantes del narcotráfico, como los Arellano Félix, viven en San Diego".¹³ Un año después, ya ungido candidato, visitó su tierra, Michoacán, la segunda semana de febrero de 2006. La semana anterior habían aparecido en Morelia los cuerpos de dos jóvenes asesinados a tiros y la gente, sobre todo las mujeres, confesaban que sentían miedo por sus familias.

En actos políticos que encabezó en Morelia y Charo, la principal petición de los asistentes fue mayor seguridad. En los primeros 40 días del año habían ocurrido 39 ejecuciones atribuidas al narcotráfico. Calderón prometió que de ganar la presidencia combatiría al crimen organizado y volvió a llamar la atención sobre los caminos entreteneros de la política y el narco.

Dijo que el financiamiento de las campañas era un hecho que nadie podía desconocer.

La posibilidad de que muchas campañas en Michoacán, en la última elección, hayan sido financiadas por el narco, reclama una atención especialísima. Se dice que muchas plazas de comandante de la policía municipal fueron el medio de pago al financiamiento de las campañas; eso pudo ser un avance fundamental del narcotráfico en la entidad.¹⁴



El gobierno de Washington observaba con gran atención la contienda por la presidencia, sobre todo en temas de narcotráfico y seguridad regional. El embajador Tony Garza tenía un pie en la campaña de Calderón y el otro en la de Andrés Manuel López Obrador: se reunía con ambos candidatos cuando podía hacerlo para tener claras sus posiciones sobre los temas que más interesaban al gobierno de Estados Unidos. En el cuartel del candidato panista, tras conversar con Germán Martínez y Arturo Sarukhan, consejero para asuntos internacionales, Garza transmitió a la Casa Blanca su percepción sobre lo que se podía esperar si ganaba el abanderado del partido albiazul: una sociedad estrecha en la cual los temas de terrorismo y seguridad y narcoterrorismo se entrelazarían.

En el búnker perredista había hecho lo mismo. En un encuentro que sostuvieron en febrero de 2006, Garza y López Obrador habían hablado de manera extensa sobre narcotráfico.¹⁵ El diplomático le dijo que el consumo de drogas estaba al alza y que una serie de programas antinarcoóticos y antiterrorismo deberían ocupar en el futuro una parte importante de la agenda entre ambos países. El candidato perredista estuvo de acuerdo y dijo que ambos países deberían encontrar la forma de fortalecer la cooperación en materia de seguridad. Garza recuerda que López Obrador le contó el plan que pensaba implementar si ganaba la presidencia.

Dijo que pensaba otorgar mayor libertad y autoridad al ejército en el combate contra el narcotráfico, porque era la menos corrupta de las

instituciones mexicanas, y podía ser la más efectiva. Una decisión de esa naturaleza, añadió, requeriría de una reforma constitucional. Explicó que traspasar mayor autoridad al ejército limitaría las atribuciones de la Procuraduría General de la República, que veía como un ente infestado de corrupción.

La segunda parte de la ecuación, dijo López Obrador, consistiría en consolidar la ejecución de la ley y las capacidades de las agencias de inteligencia del Estado. Tenía planes para desaparecer la Secretaría de Seguridad Pública y regresar la Policía Federal y el Centro de Investigación y Seguridad Nacional a la Secretaría de Gobernación. De esa manera creía posible ahorrar dinero, frenar las pugnas entre las instituciones involucradas en la seguridad y devolver a Gobernación un papel más prominente en asuntos internos.

En la parte intermedia de las campañas electorales, Garza y otros funcionarios de la embajada de Estados Unidos en México habían empezado a hacer sin ninguna discreción una pregunta a diputados y senadores, funcionarios y dirigentes de los partidos, y también a los periodistas: ¿creían que había llegado el momento de lanzar la versión mexicana del Plan Colombia?

Dos meses antes de que la campaña llegara a su fin, en una charla sin grabadoras de esas que suelen ocurrir por la noche, entre cervezas y platillos de la provincia mexicana, un reportero le preguntó a Felipe Calderón si pensaba en Estados Unidos como un aliado, en caso de ganar la elección.

—Yo a los gringos no los trago —gesticuló como si hubiera mordido un ajo amargo— pero no podemos dejar de ver que están ahí, que son nuestros vecinos y que Estados Unidos sigue siendo una de las potencias del mundo.¹⁶

En otra ocasión, 10 días antes de las elecciones, otro periodista le preguntó si pensaba pedir apoyo al gobierno de Estados Unidos ante la embestida violenta de los cárteles del narcotráfico.

—Ejé —dijo lacónico.



Arturo Sarukhan es fanático de los Beatles y el Barça, habla un perfecto inglés británico y suele presentarse ante congresistas y funcionarios estadounidenses como un diplomático mexicano por cuyas venas no corre una sola gota de sangre mexicana. Es descendiente de inmigrantes que

Llegaron a México como refugiados de la Guerra Civil española, la Revolución rusa y el genocidio armenio.

Su abuelo paterno era un ruso-armenio llamado Artur Sarukhman, un hombre cercano a Alexander Kerensky, cabeza del gobierno provisional ruso en 1917. Después de que Kerensky fue derrocado por los bolcheviques, Sarukhman emigró a Venecia, donde fue entrenado en el seminario armenio. Ángela, su abuela, había huido del genocidio armenio en 1915, después de que la mayor parte de su familia fue asesinada. Pudo escapar a Thessaloniki, al norte de Grecia, y viajó a la ciudad de las góndolas, donde conoció y se casó con Sarukhman.¹⁷

Cuando Mussolini estableció su gobierno fascista en Italia, a Sarukhman algo le olió mal y decidió emigrar a Canadá. Hablaba nueve idiomas y había leído sobre México, de manera que la joven pareja hizo un alto en el camino. Se enamoraron del país y decidieron establecer ahí su residencia. La primera decisión de Sarukhman fue eliminar las últimas tres letras de su apellido para hacer amable su pronunciación en el país que los había adoptado. Los inmigrantes armenios procrearon dos hijos: Tere y José Sarukhan Kermez —padre de Arturo—, reconocido biólogo, investigador y ex rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Sarukhan no domina nueve idiomas como su abuelo, pero habla español, inglés y catalán, posee un francés fluido y es capaz de leer portugués e italiano. Ha sido miembro del servicio exterior mexicano más de 15 años, con un paréntesis en 2006, cuando renunció a la diplomacia y dejó el consulado de México en Nueva York para embarcarse en una aventura de altos riesgos: unirse a la campaña de Felipe Calderón, que se encontraba ante la misión imposible de remontar una desventaja de 20 puntos ante López Obrador. Sarukhan llegó a la campaña panista sin conocer al candidato. Poco después de ganar la nominación, en una de las reuniones que solía convocar por la mañana, Calderón preguntó:

—¿Quién puede hacerse cargo de la política exterior? ¿Quién está empapado de la relación bilateral?

En el cuarto de guerra estaban los más cercanos: Mourinho, Cordero, Cortázar, Nava, Martínez, Ale Sota. Hubo un silencio breve, hasta que una voz fuera del primer círculo se escuchó:

—Arturo Sarukhan, el cónsul en Nueva York.
Era Josefina Vázquez Mota.¹⁸

En la campaña, Sarukhan ocupó la consejería en política exterior. Audaz, inteligente y con un *life style* que hizo clic con los panistas jóvenes más cercanos a Calderón —Mourinho, Martínez, Cordero y Nava—, el

nieto del político ruso-armenio se emparentó con el primer círculo pese a que su ideología, pensamiento y lógica política eran diferentes. En una ocasión, cuando se discutía uno de esos temas álgidos que todo el tiempo se presentan en el curso de una contienda, había sugerido que Calderón hiciera público un pronunciamiento liberal sobre el aborto.

—Amigo —intervino Germán Martínez, un panista conservador y doctrinario—, me parece que te equivocaste de campaña.

Cuando Calderón ganó la elección, todos apostaban a que Sarukhan ocuparía la Secretaría de Relaciones Exteriores, pero al final se impuso el pragmatismo del presidente electo, un político solitario que había construido una fulgurante carrera en poco más de una década, rodeado por un grupo compacto de amigos y colaboradores: un lobo estepario y su manada. Calderón sacrificó a Sarukhan con un argumento de cuotas de género y tres días antes de tomar posesión nombró canciller a Patricia Espinosa, la embajadora en Austria, una desconocida para Calderón y su núcleo cercano.

Después, cuando lo designó embajador de México ante Estados Unidos, algunos opinaron que Calderón había cometido un error y otros que había sido desleal con alguien que se la había jugado con él en la campaña. En medio de todo, Sarukhan parecía frustrado. “Estoy empleando hormonas para que me salgan chichis”, ironizaba el ex cónsul en Nueva York. Pero Calderón tenía claro lo que estaba haciendo y hacia donde apuntaban sus decisiones. Ubicaba en Washington a uno de sus hombres de mayor confianza, un hábil operador a la medida de los planes que tenía en la cabeza. Sarukhan aceptó irse a Washington contra su voluntad. La frustración le duraría años.

Sarukhan había estado por primera vez en la embajada de la capital de Estados Unidos 14 años atrás, como jefe de gabinete del embajador Jorge Montañó, en la era de Carlos Salinas. En 15 años se había especializado en el tema de seguridad y en aquella ocasión por sus manos habían pasado asuntos críticos de la relación bilateral: Casablanca, la operación a través de la cual la DEA descubrió los nexos entre directivos de importantes bancos mexicanos y cárteles de la droga, y la aprehensión del general Jesús Gutiérrez Rebollo, acusado de vínculos con el narcotráfico.¹⁹

Era el hombre ideal para hacer avanzar desde Washington la decisión de construir una nueva sociedad bilateral. Una sociedad de responsabilidad política y militar cimentada en un nuevo paradigma de responsabilidad compartida, que en un sentido más simplista el presidente electo reducía a

dos cosas: Estados Unidos era el principal consumidor de drogas del planeta y el origen de 90% de las armas que llegaban a México.



Desde los primeros días de la campaña, Calderón le había pedido a Sarrukhan trabajar en la reestructuración de la relación con Estados Unidos, que carecía de puentes y vasos comunicantes en materia de seguridad. En el gobierno de Ernesto Zedillo se había creado el Grupo de Contacto de Alto Nivel para el Control de Drogas, un extenso andamiaje institucional sobre narcotráfico y cooperación militar y fronteriza. El grupo tenía nivel ministerial y participaban secretarios de Estado de ambos países. Por parte de México, la Defensa Nacional, la Marina, la Cancillería y la Procuraduría General de la República. Por Estados Unidos, el Departamento de Justicia, la DEA, el Departamento de Estado, el Ministerio de Defensa y la Armada.

La creación de esa estructura cambió la dinámica con la que se negociaban los acuerdos bilaterales en materia de narcotráfico. Antes todo se acordaba en el nivel intermedio, entre agencias, policías e instituciones, y la balanza era claramente desfavorable: predominaban los criterios y las políticas estadounidenses. La DEA, por ejemplo, poseía una especie de mandato no escrito sobre los operativos antidrogas que llevaban a cabo ambos países. El nuevo mecanismo cambiaba el tratamiento del problema de un ángulo policiaco a otro político, donde secretarios de Estado y expertos de los dos países se sentarían a discutir y tomar decisiones.

Los ministros y los funcionarios trataban temas divididos en subcomités de trabajo: lavado de dinero, precursores químicos, interceptación aérea, tráfico de armas, reducción de consumo, producción y distribución de drogas, combate a la corrupción y fortalecimiento de la aplicación de la ley contra el crimen organizado. Al principio las cosas avanzaron con dificultad y llevó tiempo que ambas misiones construyeran lazos de confianza.

Las secretarías de Defensa y Marina, que a lo largo de las décadas habían aceptado con incomodidad trabajar con sus pares estadounidenses —sobre todo los de verde oliva—, presentaron una condición para que el grupo trabajara sin perances: que la parte mexicana fuese encabezada por la Cancillería, mucho más habituada a negociar con el gobierno de Estados Unidos. La delegación mexicana era liderada por Juan Rebolledo Gout, subsecretario de Relaciones Exteriores.

La principal virtud de ese mecanismo bilateral consistió en una coordinación organizada entre cada agencia y cada secretaría. En esos años fue posible alcanzar un nivel inédito de comunicación y cooperación. Se crearon mecanismos permanentes de consulta y un sistema de cooperación militar, policiaca y fronteriza. Por primera vez los enviados de Washington aceptaron que Estados Unidos representaba una parte esencial del tráfico de drogas y también por primera vez los estadounidenses reconocieron la existencia de pandillas y grupos motorizados en extensas regiones de su país dedicadas a distribuir cocaína, heroína y marihuana. Los secretarios de la Defensa, William J. Perry y Enrique Cervantes Aguirre, construyeron una buena amistad y una sólida relación institucional que los llevó a realizar visitas de cortesía en ambos países.

Ya inmersos en un clima de confianza, los estadounidenses hasta fueron generosos: anunciaron que entregarían a México alrededor de 73 helicópteros UH-1H —que habían sido emplazados en la guerra de Vietnam— para reforzar el combate al narcotráfico. El periodo comprendido entre 1995 y 1998 significó el de mayor intercambio entre ambos países en temas de narcotráfico y cooperación militar.²⁰

Después sucedió lo que suele ocurrir en la política mexicana: el presidente Ernesto Zedillo hizo cambios en su gabinete. Rosario Green llegó a la Cancillería y decidió desnarcotizar la relación con Estados Unidos, razón por la cual el grupo de colaboración de alto nivel que había sido construido en tres años desapareció en unas semanas.

Las cosas también cambiarían en el gobierno de Vicente Fox. El Grupo de Alto Nivel jamás se restableció. La prioridad de la Cancillería en los tiempos de Jorge Castañeda fue lograr una reforma migratoria integral. La cooperación a nivel operativo, entre policías y agencias, se volvió caótica. Sin reglas ni estructuras institucionales, la DEA, el FBI y el Pentágono tocaban la puerta de la Procuraduría General de la República y el Cisen. “La relación era turbia e inequitativa”, me dijo un alto funcionario cer-

cano a los contactos bilaterales en las administraciones de Zedillo y Fox. El colofón del enfriamiento de la relación bilateral en materia de seguridad fue la devolución de los helicópteros que el gobierno de Estados Unidos había donado. Con el argumento de que eran chatarra y que no eran aptos para penetrar algunas zonas insondables de la geografía mexicana, el gobierno los mandó de regreso a las bases militares estadounidenses. No era una pataleta del gobierno mexicano: los helicópteros se aproximaban a los 40 años y eran pesados y mastodónticos. Cuando sobrevolaban

las zonas serranas era como si un avestruz intentara alzar el vuelo. El primer gobierno de alternancia democrática asumiría otras decisiones de mayor trascendencia: Fox había ordenado desarticular el sistema de inteligencia creado en los tiempos de Carlos Salinas de Gortari.



2

“La mejor victoria es vencer sin combatir. Ésa es la distinción entre el hombre prudente y el ignorante”, aconseja Sun Tzu, el estratega milenario, en *El arte de la guerra*, un clásico de los políticos en cualquier parte del mundo. Para el general chino, la guerra es de vital importancia para el Estado, es el dominio de la vida o de la muerte, el camino hacia la supervivencia o la pérdida del imperio, y por tanto es ineludible manejarla bien.

“No reflexionar sobre todo lo que le concierne es dar prueba de una culpable indiferencia sobre lo que nos resulta más querido”, advierte Tzu. Antes de declarar una guerra sugiere analizar a conciencia cinco factores: doctrina, terreno, tiempo, mando y disciplina. “Con una evaluación cuidadosa, uno puede vencer: sin ella, no es posible. Menos oportunidades de victoria tendrá aquel que no realiza cálculos en absoluto.” Las enseñanzas del general chino que inspiró a Maquiavelo rotan en torno de una idea siniestra: el peor enemigo siempre puede ser uno mismo.

Cálculos. ¿En qué consistieron las estimaciones de Calderón antes de desatar la guerra? Desactivado el grupo ministerial sobre cooperación política y militar, y desfondado el sistema de inteligencia del Estado, el presidente asumiría esa decisión sin información suficiente y confiable. La capacidad del Estado para llevar a cabo análisis prospectivos y estratégicos era deficiente y limitada. No existe ningún registro de que antes o después de desatada la ofensiva contra los cárteles, en privado o en público, Calderón hubiera construido escenarios posibles de la conflagración que había decidido desatar. “Nunca tuvo en las manos elementos que le permitieran valorar escenarios A, B y C. Desde un principio decidió que saldría victorioso, sin saber si podría lograrlo”, me contó un político que había sido amigo de Calderón y parte de su círculo próximo de colaboradores.

El presidente entraba en una cueva con los ojos cerrados.

Era improbable que Calderón imaginara el pantano en el que se estaba adentrando y las posibles consecuencias de su decisión. “Si conoces al enemigo y te conoces a ti mismo, ni en cien batallas correrás peligro”,

advierte Sun Tzu. ¿Pudo Calderón conocer de manera previa la fortaleza y las capacidades de los cárteles? ¿Estaba consciente de los riesgos que entrañaba ir a la guerra con una policía corrupta y un ejército que no estaba preparado para acometer una empresa de esa dimensión?

Las respuestas a esas preguntas no estaban en los diagnósticos y la colección de carpetas que el presidente tenía sobre el escritorio. ¿Actuó con ingenuidad al tomar una decisión a partir de información acotada y tal vez deficiente? El candor no parecía corresponder con un político de la estirpe de Calderón, un opositor que conocía los hoyos negros del sistema político. Siempre había sido un político taimado y suspicaz: tras convertirse en presidente electo, una de las primeras cosas que ordenó fue conocer el expediente que el Cisen había elaborado sobre él.

Calderón se burló de los informes de inteligencia: le atribuían un divorcio inexistente. El analista que había recabado la información tuvo el descaro de inventar el nombre de una falsa primera esposa.

Un día le pregunté a un experto en inteligencia que había llevado una parte vital de la estrategia calderonista en Washington si la decisión de enfrentarse a los cárteles había pasado por el tanniz de ciertas valoraciones indispensables cuando se está frente a una decisión de seguridad nacional. Hizo notar que, por principio de cuentas, en México no existe, nunca ha existido, una doctrina de seguridad nacional como en Estados Unidos, España o Colombia, que durante décadas han estudiado a fondo el tema ante la necesidad de enfrentar enemigos y opositores movilizadas desde la ilegalidad y la violencia. Y para terminar pronto —dijo sin vacilar—, antes de decidir la guerra contra el crimen organizado, Calderón no hizo el menor esfuerzo por revisar las experiencias ocurridas en algunos países. Le pedí que fuera más específico.

Colombia y Miami en los años ochenta, dijo. Revisar esas dos experiencias hubiera permitido al presidente saber qué podía esperar de la guerra que estaba a punto de iniciar.



Calderón no esperó a estar sentado en la silla del águila para tomar la decisión.

En octubre había visitado nueve países de Centro y Sudamérica con el propósito de iniciar la recuperación del liderazgo de México en la región. Había llegado el momento de mirar al norte con otra estrategia: comenzar a construir la nueva sociedad bilateral que había imagi-

nado desde la campaña. Debía saber si Estados Unidos estaba dispuesto a convertirse en aliado de México en la construcción de un renovado paradigma de seguridad regional. Tenía que plantearse al presidente George W. Bush y no lo haría sino de manera personal. Debía visitarlo en la Casa Blanca. Si Bush lo recibía antes de tomar posesión, obtendría además un respaldo determinante en momentos en los que la legitimidad de su triunfo estaba en duda.

La segunda semana de agosto, en una visita de dos días a Estados Unidos, Sarukhan había comenzado a compartir la inquietud del presidente electo sobre la urgencia de un frente unificado contra el crimen organizado. Se reunió con Tom Shanon, subsecretario de Estado para el Hemisferio Occidental, y Dan Fisk, director para el Hemisferio Occidental del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca. En México, el canciller Luis Ernesto Derbez se reunió a finales de septiembre con Calderón, Sarukhan y Mourinho para conversar sobre migración, el muro que había comenzado a levantarse en la frontera y la posibilidad de que el presidente electo visitara Estados Unidos antes de tomar posesión.



La guerra contra el narcotráfico —la guerra de estos años, la guerra en México— se pactó en la Casa Blanca.

Nueve de noviembre de 2006. Despacho Oval de la Casa Blanca. No era un buen día para George W. Bush. Era, tal vez, la peor semana de sus seis años de gobierno: catapultado por una ola de votantes en desacuerdo con la guerra en Iraq, el Partido Demócrata había conquistado la mayoría en la Cámara de Representantes, tras 12 años de dominio republicano. En la víspera, mientras el presidente electo de México era recibido con honores en la base Andrews, el secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld, presentaba su renuncia.

En el caso de su gobierno, George W. Bush vestía un sobrio traje negro y corbata amarillo otoñal.

La vestimenta de Calderón era una metáfora de los contornos que adquiriría su gobierno: traje negro, corbata carmesí.

En la cabeza llevaba el discurso que había repasado días antes. Un conjunto de palabras que había medido y pesado de manera metódica.

A solas con el presidente Bush, Calderón habló con vehemencia de su voluntad de atreverse a hacer lo que ninguno de sus antecesores había

hecho. Dijo que estaba decidido a enfrentar la estructura de corrupción y complicidades heredada por los gobiernos priistas, que permanecía enraizada en municipios, ciudades y estados del país y se entretrevaba con el crimen organizado. Entonces soltó la moneda de cambio que llevaba preparada: “Tú necesitas una frontera segura y yo necesito tu ayuda para combatir al narcotráfico”.

El presidente electo había estado leyendo en las últimas semanas a Winston Churchill y ese mediodía volvió a recitar la saga churchilliana de sangre, sudor y lágrimas. Dijo que estaba decidido a dar esa batalla, pero que no podría hacerlo solo: era preciso contar con todo el apoyo de Estados Unidos.

—*I need you on board* —le dijo a Bush.

El presidente de Estados Unidos le dijo que contara con toda la fuerza de su poderoso país para enfrentar al crimen organizado.

La reunión terminó al filo de las dos de la tarde, después de que los presidentes se reunieron con los miembros de sus comitivas. De buen talante, haciendo bromas, George W. Bush traspuso el umbral del Despacho Oval.

—Es un placer haber recibido al presidente electo de México en el Despacho Oval —sonrió rodeado por cámaras y micrófonos—. Ha sido una conversación importante, fascinante. Éste es un hombre que ganó una elección muy competitiva. Estoy orgulloso de los mexicanos y de cómo han conducido una elección abierta y honesta. He sido muy claro con el presidente y lo reitero: México es una prioridad para mi administración. Sé bastante sobre México: fui gobernador de Texas. Le dije al presidente que vamos a trabajar de manera muy estrecha. Hablamos de comercio y de intereses comunes, el combate al narcotráfico, y desde luego conversamos sobre migración. Le aseguré que lo que dije en el Despacho Oval, sobre un proyecto de reforma migratoria comprensiva, es en lo que creo. De manera que bienvenido y le deseo lo mejor en su gran día: la toma de posesión.



De regreso en México, con el aval de Bush en el bolsillo, Calderón continuó la campaña previa a la declaración de la guerra.

El jueves 16, una semana después de reunirse con el presidente estadounidense, se reunió con empresarios aliados a la Coparmex y la Concanmin: anunció que preparaba acciones contundentes para combatir el crimen organizado y frenar el crecimiento alarmante de la violencia, que se había intensificado en los últimos meses del año.

“El de México no puede ser el rostro cotidiano de ejecuciones que quedan impunes”, dijo Calderón en un salón atestado de empresarios que aplaudían con fuerza. Eran los mismos que a lo largo del sexenio habían exigido a Fox mayor seguridad, contener al narcotráfico y combatir la impunidad.

“Quiero pedir todo el apoyo de la sociedad a mi gobierno porque tendré que tomar medidas y usaré todo el poder del Estado para devolver a la ciudadanía la paz y la tranquilidad que ha perdido”, advirtió. Mentó que no tenía otra alternativa, porque era imposible dejar al país en manos de la delincuencia. Casi al final, en tono sombrío, reiteró lo que había dicho siete semanas antes, en la asociación México Unido contra la Delincuencia: “Costará tiempo, costará dinero y costará, muy probablemente, vidas humanas”. Los asistentes a la comida recibieron con un aplauso nutrido el anuncio del presidente electo.



El 3 de enero de 2007, Lázaro Cárdenas Batel se encontraba a unos metros de la pista de aterrizaje del aeropuerto de Uruapan. Era una mañana de cielo de alabastro, tibia y placentera, ideal para vestir una guayabera blanca como la que llevaba puesta el gobernador de Michoacán. Una línea gris se dibujó arriba y un hombre con audífonos anunció que el avión presidencial se preparaba para aterrizar.

El Boeing 757 *Presidente Juárez* —conocido entre periodistas y militares como TP-01— se posó en la pista de asfalto y dos escaleras metálicas se instalaron en unos minutos. La puerta delantera se abrió y la imagen del presidente Calderón irrumpió con la fuerza inquietante de algo que no se espera.

El presidente vestía chamarras y gorra verde olivo, el uniforme de campaña que emplean los generales, jefes, oficiales, cadetes y tropa cuando evacúan aldeas en terremotos y huracanes o entran en acción en zonas de narcotráfico. En la gorra, cinco estrellas. En el bolsillo derecho, su nombre inscrito en letras negras. Calderón lo había previsto todo para vestirse de comandante en jefe. El combate al narcotráfico no era sólo la más alta prioridad de su joven presidencia: era *la apuesta* de su administración, el corazón que pautaría el ritmo de su gobierno.

A un lado de la pista, la comitiva del gobernador observaba la escena en silencio. Estaban un poco confundidos: parecían no entender por qué

el presidente vestía como si estuviese listo para salir en misión de emergencia. El más impresionado era Lázaro Cárdenas Batel.

El gobernador de Michoacán pensaría en Lázaro Cárdenas del Río, soldado de la Revolución, general de división y presidente de México.²¹ Tras cruzarse la banda presidencial en 1934, el general Cárdenas, abuelo de Lázaro, no había vestido jamás el uniforme militar. Sólo volvió a hacerlo dos años después de entregar la presidencia a Manuel Ávila Camacho: había sido nombrado secretario de la Defensa Nacional, después del estallido de la segunda Guerra Mundial.

El presidente y el gobernador se estrecharon las manos con fuerza y unos minutos después caminaron para abordar el helicóptero que los llevaría a una base militar en Apatzingán. Arás los seguían los secretarios de Gobernación y de Seguridad Pública, metidos en chaquetas de cuero como las que visiten los políticos.

En Apatzingán, el presidente visitó una base militar, rindió honores a la bandera y desayunó machaca con huevo, café y pan dulce con las tropas.

Dos días después, miles de soldados comenzarían a ocupar Michoacán. Era el primer gran operativo ordenado por el comandante Calderón en la guerra contra el narco.



La primera semana de febrero, Calderón citó a una serie de reuniones en Los Pinos. Desde que asumió la presidencia había ordenado la movilización de 27 000 tropas en Michoacán, Guerrero, Durango, Sinaloa, Baja California y Chihuahua, donde el año anterior unas 2 000 personas habían muerto, y continuaba tomando medidas a toda prisa para extender los operativos militares a otros estados y desactivar a las policías municipales bajo sospecha de estar al servicio del narcotráfico. Las cosas parecían empeorar a cada minuto. En Guerrero y Nuevo León, el presidente había sido recibido con ejecuciones: en Acapulco varios hombres armados habían rañegado con fusiles AR-15 al policía José Manuel Radilla, y en Santa Catarina los agentes Ramiro Calvillo y Martha Guillén Moreno habían sido acbillados por la espalda.

La embajada estadounidense seguía muy de cerca, con percepciones y sentimientos encontrados, lo que sucedía en los primeros días del gobierno calderonista. Un informe advertía: “Es alentador que Calderón haya demostrado carácter para ejercer el poder y los recursos de la presidencia

en la guerra contra los cárteles, incluso si no queda claro si estas primeras tácticas producirían resultados". Garza marcaba una diferencia entre el estilo desenfadado de Fox y la mano dura que mostraba Calderón, pero desde aquellos días presagió un futuro turbulento. "Sería poco realista esperar que este gobierno navegara sin problemas. El presidente se enfrentará a una serie de riesgos políticos y vulnerabilidades que pondrían en duda incluso al más hábil de los operadores políticos."²²

En las reuniones citadas en Los Pinos, el presidente dijo que estaba decidido a modernizar la relación entre México y Estados Unidos para que los asuntos de seguridad nacional, estrategia antinarcóticos, justicia e inteligencia alcanzaran el nivel y la tónica de otras esferas, como el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte. Estaba convencido de que existía una disociación entre la estructura y el peso de la agenda económica y el resto de los temas.

—La pregunta —dijo Calderón en una de esas reuniones— no es si debemos dar una sacudida a la relación bilateral, sino cómo hacemos para poner al mismo nivel todas las columnas fundamentales de la agenda bilateral.

Hacia finales de ese mes, Calderón tenía una idea clara de la nueva estrategia de cooperación bilateral. En una serie de discusiones previas con los secretarios de la Defensa, Marina, Seguridad Pública, el procurador general de la República y el director del Cisen, el presidente dijo:

—Nos guste o no nos guste, nos parezca o no, estemos de acuerdo o no, resulta imprescindible lograr una mayor sinergia con Estados Unidos en inteligencia, justicia, combate al narcotráfico y crimen organizado.

Para Calderón, la realidad geopolítica y geoestratégica de México —una frontera de 3 000 kilómetros con la potencia militar y política más importante del mundo— hacía inaplazable avanzar en esa dirección.



La ofensiva de la guerra se pactó un martes 13.

La mañana del 13 de marzo de 2007, George W. Bush y Felipe Calderón se reunieron en privado por la mañana, y más tarde con los miembros de sus comitivas. Por la tarde recorrieron con sus esposas los portentos de las ruinas arqueológicas de Uxmal y cenaron en una hacienda de muros altos donde hace 50 años florecía el henequén, esa fibra resistente que

durante décadas sirvió para tejer sogas de barcos y sandalias. La planta era tratada con veneración en Yucatán: la llamaban *oro verde*. Pero en los ochenta la industria henequenera comenzó a morir, mientras los cargamentos de oro, blanco y sedoso como arena, entraban a la península en avionetas clandestinas procedentes de Colombia.

Una plantación henequenera era el escenario donde Bush y Calderón intentaban hacer de la unión la fuerza.

Calderón llegó con un discurso cuyas palabras y significados había calculado de manera cuidadosa.

—México no puede solo en el combate al narcotráfico —dijo al presidente Bush en un salón de la hacienda Xcanatún.

Le advirtió que necesitaba todo el apoyo de Estados Unidos para fortalecer las capacidades de información, investigación e inteligencia de las instituciones mexicanas de seguridad y proverlas con equipo militar y la tecnología más avanzada en misiones de persecución y espionaje.

Bush le pidió que fuera más específico.

—¿Ha visto alguna vez el programa de televisión *24*? —preguntó Calderón; el presidente de Estados Unidos debió sonreír ante la naturaleza de la pregunta—. Quiero todos los juguetes que aparecen ahí.²³

24 es una popular serie televisiva que la cadena Fox transmitió ocho temporadas. El protagonista es Jack Bauer —interpretado por Kiefer Sutherland— un agente de la unidad de contraterrorismo y más tarde del FBI en Washington cuya misión es impedir atentados terroristas y salvar la vida de presidentes en peligro y ciudadanos estadounidenses bajo amenaza. El *motto* del agente federal es que el fin siempre justifica los medios. En varios episodios —que desataron todo un debate en Estados Unidos— Bauer llegó a torturar a presuntos terroristas y criminales para obligarlos a declarar. La atmósfera del programa es una mezcla de Hollywood y las series estadounidenses nocturnas: escenas de explosiones, instrumentos de espionaje, asesinatos, armas de alto poder y edificios en llamas.

Calderón quería todos esos artificios para librar la guerra contra el narco.

Más tarde, cuando se reunieron con sus comitivas, Calderón insistió en que era imperioso un reconocimiento de responsabilidad sobre el problema y que debía modificarse el paradigma bajo el cual se combatía a la delincuencia organizada. Era hora de que Estados Unidos asumiera un mayor compromiso para reducir el consumo de drogas y frenar el tráfico de armas hacia México.

—De la misma manera como las drogas viajan de sur a norte —hizo notar Calderón— de norte a sur tenemos un gravísimo problema de tráfico de armas, precursores químicos y blanqueo de capitales.

En la cena, unos instantes antes del brindis, Calderón volvió a llamar la atención sobre la urgencia de que Estados Unidos se comprometiera con la lucha antinarco.

—Hoy inauguramos una etapa sobre la base de la derresponsabilidad —cerró su discurso citando a Benjamin Franklin—. Caminamos todos juntos hacia la paz, o no la encontraremos.

Con una copa de vino en la mano, George W. Bush se declaró encantado de estar de vuelta en México y emocionó su brindis con palabras en español:

—*For Laura and me, the connection to Mexico stretches back for decades. Somos lejanos.*

El discurso que Bush pronunció aquella noche fue un manifiesto de respaldo sin reservas en el que ponderó la decisión de Calderón de dar pasos valientes para hacer valer el Estado de derecho y combatir a la delincuencia organizada. Dijo que las prioridades del presidente de México eran las suyas.

—Estados Unidos es un fuerte socio en estos esfuerzos —dijo Bush—. Es muy intenso el espíritu de trabajar juntos en esto.

Esa noche, en Mérida, Bush y Calderón definieron el camino de una nueva estrategia en materia de seguridad. Una alianza —a los ojos de ellos y sus gobiernos— prometedora, refrescante y repleta de posibilidades.

Una sociedad que en los años siguientes sembraría al país con miles de muertos.

NOTIAS

¹ Andrea Merlos, *El Universal*, informe de ejecuciones cometidas por el narco, 2 de enero de 2007. <http://www.eluniversal.com.mx/primera/28204.html>.

² Nota de Abel Barajas, *Reforma*, 1º de diciembre de 2006.

³ Javier Cárdenas y Cristóbal García, *La Jornada*, 3 de enero de 2006: <http://www.jornada.unam.mx/2006/01/03/index.php?section=politica&article=013n1pol>.

⁴ Wikileaks, confidencial, 06MEXICO255.

⁵ Wikileaks, confidencial, 06MEXICO3081.

⁶ Wikileaks, confidencial, 06MEXICO3297.

⁷ Conversaciones confidenciales con funcionarios y ex funcionarios del Cisen.

⁸ Felipe Calderón, revista *Étérta*: <http://www.etcetera.com.mx/2000/398/fch398.html>.

⁹ <http://superpanistas.galeon.com/aficiones1530617.html>.

¹⁰ *Reforma*, 13 de octubre de 1994.

¹¹ Miguel Ángel Granados Chapa, *Plaza Pública*, 1º de mayo de 1994.

¹² *Reforma*, 13 de octubre de 1994.

¹³ Mayolo Lopez, *Reforma*, 3 de diciembre de 2005.

¹⁴ Emiliano Ruiz Parra, *Reforma*, 25 de febrero de 2006.

¹⁵ Wikileaks, confidencial, 06MEXICO505.

¹⁶ Conversación confidencial con ex miembros de la campaña de Felipe Calderón y dos periodistas que cubrieron la campaña.

¹⁷ Entrevista, Emil Sanamyan y Lusine Sarkisyan: <http://www.reporter.am/go/article/2008-10-29-mexico-s-ambassador-to-the-untred-states-discusses-his-armenian-heritage1>.

¹⁸ Conversaciones confidenciales con miembros del equipo de campaña.

¹⁹ Conversación entre el autor y el embajador Arturo Sarukhan.

²⁰ Strategic Forum, Institute for National Strategic Studies: <http://www.ndu.edu/press/lib/images/StrForum/SF243.pdf>.

²¹ Conversación con Lázaro Cárdenas en Washington, D. C.

²² Wikileaks, confidencial, 06MEXICO7033.

²³ Conferencia de Felipe Calderón, Council on Foreign Relations, septiembre de 2012: <http://www.voxxi.com/mexico-future-president-felipe-calderon/>.